

Preámbulo

Me complacía sobremanera observar las costumbres de las aves, así como tomar notas al respecto. En mi ingenuidad, me extrañaba que todos los caballeros no fuesen ornitólogos.

Charles Darwin, *Autobiografía*.

Añoro en invierno las voces de los vencejos, los colores de los abejarucos, el canto de los ruiseñores y los cernidos de las águilas culebreras. Echo de menos en verano los trompeteos de las grullas, a los confiados petirrojos norteños y los fugaces vuelos de caza del esmerejón. Evoco en el otoño tardío a las golondrinas mientras atraviesan el desierto del Sahara y el seco Sahel, y a los alcaudones dorsirrojos de caza en la primavera del África austral. Imagino, avanzada la primavera, a los mosquiteros musicales que vi pasar cantando ahora desde un sauce para delimitar un trocito de la inmensa taiga rusa; supongo a las collalbas grises allá en la tundra, sea en el Ártico o en su símil de la alta montaña.

Casi sin darme cuenta, el ansión veraniego se ve mitigado por los papamoscas cerrojillos y los colirrojos reales, procedentes del lejano norte, como los correlimos y los archibebes que van hacia el lejano sur. Sé que pronto oiré a las grullas. Y las volveré a oír en plena nostalgia invernal, poco antes de que regresen las golondrinas y los abejarucos, las culebreras y los ruiseñores, de que vuelvan a pasar los mosquiteros musicales, los incansables archibebes y tantos otros.

Pero, allá donde vaya, en cualquier época, siempre hallo un mirlo que me mira entre curioso y asustado, presto a alzar el vuelo y acompañarlo con ese griterío excesivo que me hace sonreír. Lo veré en verano al amparo del relativo frescor del soto, en otoño cuando remueve sonoramente la hojarasca del sotobosque, en invierno mientras come bayas en el seto. Y en primavera, allá donde vaya, lo oiré cantar. Mi canto preferido entre todos los que me deleitan. La melodía que no cambiaría por nada y que siempre me hace detener, cerrar los ojos y disfrutarla. La música que añoraría allá donde no la hubiere.

Comparto con Núria la alegría de los numerosos petirrojos y jilgueros en invierno. Siempre pienso en ella cuando los veo, más escasos en verano. Entonces, cuando oigo el pu-pu-pú de la abubilla o el cu-cú del cuco, también la evoco. Y cuando se lo explico con alegría, disfruto de ambos momentos por igual. Es un goce por duplicado: la observación evocadora y la compartición del avistamiento, el recuerdo de la evocación. Porque, aunque se repita, nunca es lo mismo, siempre hay algún matiz que lo hace distinto. Y, por encima de todo, está la emoción de ver cumplida la esperanza de volver a ver y a oír. El anhelo de que, a pesar de todo, las aves sigan ahí.

1. Rumbo al norte

... que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son: de las cigüeñas, el cristel; ... de las grullas, la vigilancia;

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*.

A tu tierra, grulla, aunque sea con una pata sola

No es fácil decidir cuál es la señal que indica el comienzo de un nuevo año natural. Por convención y para quien tome las uvas, el uno de enero marca el cambio de calendario. En algunas partes del mundo, que no en todas. Para la naturaleza, y a quienes tienen la fortuna de contemplarla de cerca, da igual tal día que el treinta y uno de diciembre. Como diez antes o después. Por esas fechas, los bosques y los campos dormitan, a menudo bajo un manto blanco. Los ríos y los torrentes fluyen, aunque con poco ímpetu; algunos incluso hibernan. Las montañas aparentan estar más despiertas, pero tan solo es una ilusión; las nubes que se arremolinan sobre los picos nevados los hace destacar contra el cielo azul y animan un escenario parco en actores. Sólo el mar, propenso en estas fechas a los temporales, da muestras de ese movimiento que asociamos a la vida. Las bandadas de gaviotas contribuyen a la vivacidad, si la tempestad no las envía tierra adentro. Pero siempre quedan esas aves que hacen a la Costa Brava merecedora de su apelativo. Aves que vuelan, nadan y se zambullen, pero que casi nunca caminan o saltan: pardelas que sobrevuelan las olas desde las Baleares, alcatraces venidos del mar del Norte, algún colimbo ártico procedente todavía de más lejos. También los humedales se muestran bulliciosos, con su cohorte de patos y fochas, de cormoranes y somormujos, de garzas, agujas y agachadizas, de archibebes, andarríos y correlimos.

Tierra adentro, los días pasan lentos, casi iguales entre sí. Las nieblas persistentes acentúan esa uniformidad y sugieren que es mejor permanecer a cubierto. Todo aparece detenido, congelado. Todavía hace frío y son frecuentes las heladas, aunque las nevadas intensas cada vez lo son menos. Se suceden las jornadas nubosas y brumosas, que atenúan los crepúsculos y oscurecen los días enteros. De noche, el viento silba entre los árboles y arranca las pocas hojas que aún les quedaban a los quejigos. Y un buen día amanece despejado, con ese límpido cielo azul que sólo se ve en invierno, y nos damos cuenta de que el sol sale más pronto y se pone un poco más tarde. Algunos árboles tempraneros apuntan sus borrones, hasta aparecen las primeras flores. Los verdecillos empiezan a cantar, algún mirlo comienza a practicar sus composiciones. Poco a poco aumentan los indicios del cambio que se avecina. Y uno destaca entre todos. Los vuelos y las voces de unas grandes aves grises llenan los lugares que tienen la suerte de contar con su presencia pasajera y

señalan la transformación de la naturaleza. El paso de la quietud invernal a la agitación vernal. Tal vez sea ese uno de los signos más evidentes del inicio de un nuevo año biológico. En realidad, no es el principio de nada, sino la continuación de todo. Una vez más, las grullas han comenzado su periplo. Al norte van, tras haber disfrutado de unas merecidas vacaciones en el sur.

Proceden en su mayoría de los encinares adehesados de Andalucía y Extremadura, donde se han regalado con las dulces bellotas. Tal como hicieron en la migración otoñal, van a realizar un viaje por etapas y reposarán en lugares tradicionales. El que goza de más fama, entre las grullas y los pajareros, es la laguna de Gallocanta. Ahí, donde cientos o miles de ellas han pasado el invierno, se añaden ahora las que provienen de tierras más meridionales y, casi de un día para otro, se empiezan a contar por decenas de miles. No estarán mucho tiempo, sobre todo si la temperie les es benigna.

...